

Ronaldo Menéndez

**EL PROCESO
DE ROBERTO LANZA**

Diseño de colección: Estudio de Pep Carrió

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagieren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Ronaldo Menéndez, 2022

Representado por la Agencia Literaria Dos Passos

© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.) Madrid, 2022

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.AdNovelas.com

ISBN: 978-84-1362-980-3

Depósito legal: M. 19.293-2022

Printed in Spain

No suena la sirena para hacer la fila. Ponen música de los ochenta: The Clash, The Cure, Blondie, Bruce Springsteen. Es lo que llaman un «colegio público progre». Por eso muchas madres y padres llegan en las mañanas bailoteando enlazados a sus hijos, tocados por tanta nostalgia musical.

Son las cinco de la tarde. A la hora de salida la luz inclinada favorece una visión melancólica de todas las cosas.

—¿Ha venido usted solo, Roberto? —le pregunta Eugenia, la profesora—. Quisiera hablarle de un asunto.

Eugenia despacha cada niño a los padres que esperan en el patio. Falda larga que siempre parece gris aunque sea verde.

Ha dejado a Liam para el final, como si algo pasara.

Espera a que Liam abrace a su padre. «Papá, compinchito, tarde de chicos, a ver qué peli vemos. Peli y palomitas, las dos P.» El niño mastica un trozo de camiseta. Parece dispuesto a engullirla.

—Solo serán unos minutos —continúa diciendo la profesora, y observa a otras madres más o menos afines a Roberto que permanecen en el patio, en concreto a Pilar, dueña de gemelos *made in vitro*—. Liam puede esperar mientras juega con otros niños. Pilar podría encargarse de vigilarlo, ¿no?

Roberto insta a Liam a sacar su bici de los dispositivos metálicos de estacionamiento para que juegue con los hijos de Pilar. En un colegio de estas características es una prioridad estimular el uso de transporte alternativo desde edades tempranas. Los hombres del futuro deberán desplazarse cíclicamente a sus empresas, a sus quirófanos, a sus trenes de cercanías. Un mundo de bicicletas, patines, patinetes, coches eléctricos, caballos y hasta dromedarios. Cero polución. El auriga, una profesión con futuro.

—Como le decía —recalca la profesora—, solo tardará unos minutos, pero hay cosas que no pueden esperar.

Eugenia. Severidad de falda larga y sacristía. Maestra de la vieja escuela en un nuevo mundo de porros y botellón a los catorce años. Corren rumores. Era la subdirectora de otro colegio y ha pedido el traslado para pasar sus últimos dos años antes de jubilarse en un enclave sin antecedentes. Pero aquí no nos engañas, te hemos calado. Los padres del otro centro se habían quejado de sus métodos o vaya usted a saber. Y ahora hasta Lorena, que se desempeña como madre de Liam y mujer de Roberto Lanza, se ha hecho eco de alguna maledicencia. Es como una ley natural del ecosistema padres: siempre se quejan por cualquier cosa, hay que proteger a los niños en un mundo cuyo centro está en cualquier parte y cuya circunferencia se traslada más al infinito que nunca. Un mundo inasible. Un mundo donde hay que construir ciertos equilibrios y evitar que la Plaga se expanda. Sobre todo si en una escuela progresa la maestra tiene ese rostro tan duro, esa falda anticuada, esos ojos de ramo de flores mustias en un jarrón de agua amarillenta.

Antes de haber empezado el curso, el rechazo a la profesora ya era un avispero. Pero a Roberto le cae bien, o al menos sus expectativas no tienen filos, dejadla trabajar, gente. E imagina en secreto que a cualquiera de aquellos niños, Liam

incluido, le vendría bien un tirón de orejas de los de verdad. La vieja escuela.

Eugenia hace entrar a Roberto Lanza en el aula y cierra ambas puertas. La que da al pasillo interior queda entornada. Es ese tipo de puertas vencidas por el uso. Hay que forzarla para que encaje por completo. Cómo empezar, parece decir el cuerpo de Eugenia. Lanza cree percibir una inmovilidad dura en el entorno: sillas y mesas en miniatura, una pared cubierta de saurios recortados, un atrapasueños colgante, el ordenador en la mesa del fondo. Pero enseguida se da cuenta de que la ilusión de inmovilidad proviene de un imperceptible temblor de la profesora, como si el contraste hiciera parecer que el resto de las cosas está petrificado. Ambos ya están sentados a cada lado de la mesa grande. Ella no acaba de decidirse y, aunque los envuelve un polvo de luz, todo parece sumido en la penumbra.

—Esto... es delicado, o depende. Depende de lo que usted me diga, Roberto.

—Puedes tutearme, por favor.

Él solo quiere atravesar ese vacío estorboso, sacudirse una mosca y salir al patio donde Liam enseguida le va a pedir que le compre un huevo Kinder. Deja de chupar la camiseta, por favor. El padre fingirá que no debe, no es saludable y además es tirar el dinero, para que el niño lo desee más y luego lo de siempre: será nuestro secreto de tarde de chicos, que a tu madre no le gustan los huevos Kinder.

—Roberto —se decide la profesora, como si acabara de deslizarse por un tobogán muy alto—, Liam hoy me ha dicho algo extraño. Yo estaba ayudándole a subirse el calzoncillo. Acababa de hacer pis.

Eugenia se para en seco. Y es entonces cuando Roberto siente el cansancio de quien ha recorrido una distancia inmensa. No de espacio, sino de tiempo, como si acabara de atrave-

sar una pared y luego un túnel y ahora estuviera en otro momento, en un bloque gelatinoso de un tiempo desconocido.

Solo atina a mover la cabeza como diciéndole a la profesora: siga, siga...

—Me dijo de la nada que le diera un besito *ahí*... ¿Usted me entiende?

Roberto repara en que Eugenia ha vuelto a abandonar el tuteo. Hace un gesto, no entiende. Ha dejado de comprender el significado de lo que le están diciendo y quiere aparentar que entiende para saber de una vez qué cosa le está queriendo decir aquella mujer.

—Hasta ahí todo normal, incluso el niño estaba... excitado. Llevo toda mi vida en esto, es normal, muchas veces lo están.

—¿Eso es todo? —Roberto, de pronto, despierta, claro: la falda plisada demasiado larga, ese inconfundible aire de telaraña allí, bajo la falda, entre las piernas, esa mujer de la que todos hablan tan mal.

—Permítame, Roberto. —Eugenia le mira a los ojos, pero solo un instante. Luego baja la vista—. Liam me dijo que usted se lo hacía.

Roberto sigue sin entender, es decir, entiende que debe enarcar las cejas, adelantar el perfil como si hubiese escuchado algo tremendo, pero no acaba de comprender cómo es posible que alguien le diga eso. Cuando intenta huir del bloque gelatinoso, este se pliega sobre su piel, adopta la forma de su propio cuerpo. No importa lo que le haya dicho su hijo a esa mujer y en qué circunstancias. Lo que tensa sus nervios es que alguien se atreva a formularlo como una preocupación.

La profesora continúa:

—No he informado de esto a la dirección. Primero quería hablarlo con usted. Necesito aclararlo antes de dar cualquier paso.

—¿Qué es lo que debo aclarar, profesora?

—No me mire así, por favor. Lo primero que quiero que sepa, Roberto, es lo que yo pienso hasta este preciso instante. —Esta vez se yergue y lo mira de una manera distinta, como aportando una especie de complicidad—. No creo que pase absolutamente nada. No creo que haya nada de qué preocuparse. Sé que los niños pueden decir cualquier cosa. Liam es extrovertido, como usted perfectamente sabe, y tiene un vocabulario excepcional para su edad, se sabe explicar muy bien.

Roberto no siente alivio porque en ningún momento de la conversación se ha sentido señalado. Y es en este momento cuando cae en la cuenta de algo: la mujer que tiene delante, y que acaba de soltarle todo aquello, ha percibido que él no está demasiado asustado, y es precisamente este hecho lo que ha definido su postura. «No creo que haya nada de que preocuparse. Sé que los niños pueden decir cualquier cosa», ha dicho. Pero acto seguido intuye que algo no encaja.

—¿Entonces? —la insta Roberto fingiendo dar por concluida la charla como no lleguen a algún punto más concreto.

—Entiéndame, una cosa así no podía quedarse sin que yo indagara —continúa la profesora—. Es mi deber..., era mi deber preguntarle a Liam por qué decía eso. «¿Ha pasado algo?», le pregunté, y el niño me dijo que usted se lo hacía cuando le cambiaba los calzoncillos. Eso me dijo, no nombró nada en concreto, quiero que quede claro, solo dijo «ahí». Pero especificó lo de los calzoncillos. Es lo único que aún no he llegado a comprender, ese detalle. Necesito que me lo explique si es posible.